

todos los que se profesan ser pobres. Porque á la verdad, una de las virtudes de la buena casada, y mujer, es el tener grande recato acerca de las personas que admite á su conversación, y á quién da entrada en su casa. Porque debajo de nombre de pobreza, y cubriéndose con piedad, á las veces entran en las casas algunas personas arrugadas y canas, que roban la vida, y entiznan la honra, y dañan el alma de los que viven en ellas, y los corrompen sin sentir, y los emponzoñan, pareciendo que los lamen y halagan. San Pablo casi señaló con el dedo á este linaje de gentes, ó á algunas gentes de este linaje, diciendo (I. Tim., c. v, v. 13): *Tienen por oficio andar de casa en casa ociosas, y no solamente ociosas, mas también parleras, y curiosas, y habladoras de lo que no conviene.* Y es ello así, que las tales de ordinario no entran sino á aojar todo lo bueno que vieren, y cuando ménos mal hacen, hacen siempre este daño, que es traer novelas y chimerías de fuera, y llevarlas á fuera de lo que ven, ó les parece que ven, en la casa donde entran, con que inquietan á quien las oye, y les turban los corazones: de donde muchas veces nacen desabrimientos entre los vecinos y amigos, y materias de enojos, y diferencias, y á veces hay discordias mortales. En las repúblicas bien ordenadas, los que antiguamente las ordenaron con leyes, ninguna cosa vedaron más que la comunicación con los extraños y de diferentes costumbres. Así Moysén, ó por mejor decir, Dios por Moysén, á su pueblo escogido le avisa de esto en mil lugares (1) con encarecimiento grandísimo. Porque lo que no se ve, no se desea, que como dice el versillo griego (2): *Del mirar nace el amar.* Y por el contrario lo que se ve y se trata, cuanto peor es, tanto más ligeramente, por nuestra miseria, se nos apegá. Y lo que es en toda una república, eso también en una sola casa, por la misma razón, acontece. Que si los que entran en ella son de costumbres diferentes de las que en ellas se usan, unos con el ejemplo, y otros con la palabra, alteran los ánimos bien ordenados, y poco á poco los desquician del bien. Y llega la vejezuela al oído, y dice á la hija, y á la doncella, que por qué huyen la

(1) Lev., cap. xxii, v. 25.—Núm. cap. xviii, v. 4, etc.

(2) Apud Erasmum. Adag., cant. 2, núm. 79.

ventana, ó por qué aman la almohadilla tanto, que la otra fulana, y fulana, no lo hacen así. Y enséñales el mal aderezo, y cuéntales la desenvoltura del otro, y las marañas que ó vió, ó inventó, póneselas delante, y vuélveles el juicio: y comienza á teñir con esto el pecho sencillo y simple, y hace que figuren en el pensamiento, lo que con solo ser pensado corrompe: y dañado el pensamiento, luégo se tienta el deseo, el cual en encendiéndose al mal, luégo se resfria en el bien; y así luégo se comienzan á desagradar de lo bueno, y de lo concertado, y por sus pasos contados vienen á dejarlo del todo á la postre. Por donde acerca de Eurípides, dice bien el que dice (1): «Nunca, nunca jamás, que no me contento con decirlo una sola vez, el cuerdo casado consentirá que entren cualesquiera mujeres á conversar con la suya, porque siempre hacen mil daños. Unas, por su interés, tratan de corromper en ella la fe del matrimonio. Otras porque han faltado ellas, gustan de tener compañeros de sus faltas. Otras porque saben poco, y de puro necias. Pues contra estas mujeres, y las semejantes á estas, conviénele al marido guarnecer muy bien con aldabas y con cerrojos las puertas de su casa. Que jamás estas entradas peregrinas ponen en ella alguna cosa sana, sino siempre hacen diversos daños.» Pero veamos ya lo que después de aquesto se sigue.

§. XI.

Del buen trato y apacible condición con que se deben portar las señoras con sus sirvientas y criadas.

No temerá de la nieve á su familia, porque toda su gente vestida con vestiduras dobladas.

No es aquesta la menor parte de la virtud de aquesta perfecta casada que pintamos, ni la que da menos loor á la que es señora de su casa, el buen tratamiento de su familia y criados; antes es como una muestra donde claramente se conoce la buena orden con que se gobierna todo lo demás. Y

(1) Eurípid. in Andromach.

pues le había mostrado Salomón, en lo que es antes de esto, á ser limosnera con los extraños, convino que le avisase agora, y le diese á entender que aqueste cuidado y piedad ha de comenzar de los suyos. Porque como dice San Pablo (I. ad Timoth., c. v, v. 8): *El que se descuida de la provisión de los que tiene en su casa, infiel es, y peor que infiel.* Y aunque habla aquí Salomón del vestir, no habla solamente de él, sino por lo que dice en este particular, enseña lo que ha de ser en todo lo demás que pertenece al buen estado de la familia. Porque así como se sirve de su trabajo de ella el señor, así ha de proveer con cuidado á su necesidad: y ha de compasar con lo uno lo otro, y tener gran medida en ambas cosas, para que ni les falte en lo que han menester, ni en lo que ellos han de hacer, los cargue demasiadamente, como lo avisa y declara el Sabio en el capítulo treinta y tres del Eclesiástico (Eccli., capit. xxxiii, v. 25 y sig.) Porque lo uno es injusticia, y lo otro escasez, y todo crueldad y maldad. El pecar los señores en esto con sus criados, ordinariamente nace de soberbia y de desconocerse á sí mismos los amos. Porque si considerasen que así ellos, como sus criados, son de un mismo metal, y que la fortuna, que es ciega, y no la naturaleza proveida, es quien los diferencia, y que nacieron de unos mismos principios, y que han de tener un mismo fin, y que caminan llamados para unos mismos bienes: y si considerasen que se puede volver el aire mañana, y á los que sirven agora, servirlos ellos después, y si no ellos, sus hijos, ó sus nietos, como cada dia acontece; y que al fin todos, así los amos como los criados, servimos á un mismo Señor, que nos medirá como nosotros midiéremos: así que si considerasen esto, pondrían el brío aparte, y usarían de mansedumbre, y tratarían á los criados como á deudos, y mandarlos hían como quien siempre no ha de mandar. Y aquí conviene que las mujeres hinquen los ojos más, porque se desvanecen más fácilmente, y hay tan vanas algunas, que casi desconocen su carne, y piensan que la suya es carne de ángeles, y las de sus sirvientas de perros, y quieren ser adoradas de ellas, y no acordarse de ellas si son nacidas: y si se quebrantan en su servicio, y si pasan sin sueño las noches, y si están ante ellas de rodillas los dias, todo les parece que es poco y nada para lo que se les

debe, ó ellas presumen que se les ha de deber. En lo cual, demás de lo mucho que ofenden á Dios, hacen su vida más miserable de lo que ella se es. Porque se hacen aborrecibles á los suyos, que es una encarecida miseria. Porque ninguna enemistad es buena, y la de los criados, que viven dentro del seno de los amos, y saben los secretos de casa, y son sus ojos, y aunque les pese, de su vida testigos, es peligrosa y pestilencial. Y de aquí ordinariamente salen las chismeras, y los testimonios falsos, y las más veces los verdaderos. Y esta es la causa por donde muchos hallan, cuando no piensan, las plazas llenas de sus secretos. Y como es peligrosa desventura hacer de los criados fieles crueles enemigos, con nó debidos tratamientos; así el tratarlos bien es, no sólo seguridad, sino honra y buen nombre. Porque han de entender los señores, que son como parte de su cuerpo sus gentes, y que es como un compuesto su casa, adonde ellos son la cabeza, y la familia los miembros; y que por el mismo caso que los tratan bien, tratan bien y honradamente á su misma persona. Y como se honran de que en sus facciones y disposición, no haya ni miembro torcido, ni figura que desagrade, y como les añaden á todos sus miembros cuanto es en sí, hermosura, y los procuran vestir con debido color, así se han de preciar de que en toda su gente relumbre su mucha liberalidad y bondad. Por manera que los de su casa, ni estén en ella faltos, ni salgan de ella quejosos. Conoci yo en aqueste reino una señora, que es muerta, ó por mejor decir, que vive en el cielo, que del caballo troyano, que dicen, no salieron tantos hombres valerosos, como de su casa sirvientas suyas, doncellas, y otras mujeres remediadas y honradas. A la cual, como le aconteciese echar de su casa, por razón de un desconcierto, á una criada suya, no tan bien remediada como las demás, le oí decir muchas veces que no se podía consolar cuando pensaba que de las personas que Dios le había dado, que así lo decía, había salido una de su casa con desgracia y poco remedio. Y yo sé que en esta bondad gastaba muy grandes sumas, y que haciendo estos gastos, y otros de semejantes virtudes, no solo conservó y sustentó los mayorazgos de sus hijos, que estaban en su tutoría, y les venían de muchos abuelos de antigua nobleza, sino que también los acrecentó é ilus-

tró con nuevos y ricos vínculos: y así era bendita de todos. Deben, pues, amar esta bendición las mujeres de honra, y si quieren ellas ser estimadas y amadas, aqueste es camino muy cierto. Y no quiero decir que todo ha de ser blandura y regalo, que bien vemos que la buena orden pide algunas veces severidad; mas porque lo ordinario es pecar los amos en esto, que es ser descuidados en lo que toca al buen tratamiento de los que los sirven, por eso hablamos de ello y no hablamos de cómo los han de ocupar, de que ellos se tienen cuidado. Síguese:

§. XII.

De cómo el traje y manera de vestir de la perfecta casada ha de ser conforme á lo que pide la honestidad y la razón. Aféase el uso de los afeites, y condénanse las galas y atavíos, no sólo con razones tomadas de la misma naturaleza de las cosas, sino también con dichos y sentencias de los Padres de la Iglesia y autoridades de la Sagrada Escritura.

Hizo para sí aderezos de cama, holanda y púrpura es su vestido.

Porque había hablado de la piedad que deben las buenas casadas al pobre, y del cuidado que deben á la buena provisión de su gente; trata agora del tratamiento y buen aderezo de sus mismas personas. Y llega hasta aquí la clemencia de Dios, y la dulce manera de su providencia y gobierno, que descende á tratar de su vestido de la casada, y de cómo ha de aderezar y asear su persona: y condescendiendo en algo con su natural, aunque no le place el exceso, tampoco se agrada del desaliño y mal aseo, y así dice: *Púrpura y holanda es su vestido.* Que es decir, que de esta casada perfecta es parte también no ser en el tratamiento de su persona alguna desaliñada y remendada, sino que como ha de ser en la administración de la hacienda granjera, y con los pobres piadosa, y con su gente no escasa, así por la misma forma á su persona la ha de traer limpia y bien tratada, aderezándola honestamente en la manera que su estado lo pide, y trayéndose conforme á su cualidad, así en lo ordinario, como en lo extraordinario también. Porque la que con su buen concierto y gobierno da luz,

y resplandor á lo demás de su casa, que ella ande deslucida en sí, ninguna razón lo permite. Pero es de saber por qué causa la vistió Salomón de holanda y de púrpura: que son las cosas de que en la ley vieja se hacía la vestidura del gran Sacerdote (Exod., cap. xxviii, vv. 6, 7), porque sin duda tiene en sí algún grande misterio. Pues digo, que quiere Dios declarar en esto á las buenas mujeres, que no pongan en su persona sino lo que se puede poner en el altar, esto es, que todo su vestido y aderezo sea santo, así en la intención con que se pone, como en la templanza con que se hace. Y díceles, que quien les ha de vestir el cuerpo no ha de ser el pensamiento liviano, sino el buen concierto de la razón: y que de la compostura secretá del ánimo ha de nacer el buen traje exterior: y que este traje no se ha de cortar á la medida del antojo ó del uso vituperable y mundano, sino conforme á lo que pide la honestidad y la vergüenza. Así que señala aquí Dios vestido santo, para condenar lo profano. Dice púrpura, y holanda, mas no dice los bordados que se usan agora, ni los recamados, ni el oro tirado en hilos delgados. Dice vestidos, mas no dice diamantes ni rubíes. Pone lo que se puede tejer y labrar en su casa, pero no las perlas que se esconden en el abismo del mar. Concede ropas, pero no permite rizos, ni encrespos, ni afeites. El cuerpo se vista, pero la cabeza no se desgreñe, ni se encrespe en pronóstico de su grande miseria. Y porque en esto, y señaladamente en los afeites del rostro, hay grande exceso, aun en las mujeres que en lo demás son honestas; y porque es aqueste su propio lugar, bien será que digamos algo de ellos aquí. Aunque si va á decir la verdad, yo confieso á Vmd. que lo que me convida á tratar de esto, que es el exceso, eso mismo me pone miedo. Porque ¿quién no temerá de oponerse contra una cosa tan recibida? O ¿quién tendrá ánimo para osar persuadirles á las mujeres á que quieran parecer lo que son? O ¿qué razón sanará la ponzoña del solimán? Y no sólo es dificultoso este tratado, pero es peligroso también, porque luégo aborrecen á quien esto les quita. Y así querer agora quitárselo yo, será despertar contra mí un escuadrón de enemigos. Mas ¿qué les va en que yo las condene, pues tienen tantos otros que las absuelven? Y si aman aquellos que condescendiendo con su gusto de ellas, las dejan asquerosas y feas, muy más justo